

Demócratas, no imbéciles

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

EN TRE agotado e indignado, el ciudadano que sólo quiere vivir su vida sin grandes sobresaltos tiene que digerir a diario el sapo diario del separatismo rampante. En particular, al escritor de estas líneas le irrita sobremanera la cantilena que 'urbi et orbi' difunden los secesionistas mediante la consigna (que muchos se creen), que reza que colocar urnas para su referendo es democrático. Es decir, que oponerse a ello es cosa de fascistas de la peor especie. ¿Verdad?

Y ante esto, escuchado y leído hasta la saciedad, no cabe sino preguntarnos si estos individuos nos toman por tontos; si creen que no conocemos una regla básica de la democracia: que la expresión de la voluntad popular se materializa a través de órganos constitucionales que, en virtud de su legitimidad, legislan siguiendo procedimientos que permiten la participación de todos los representantes del pueblo, estén a favor o en contra, y que se someten a un triple control: jurisdiccional, político y, muy importante, de la opinión pública. De modo que es un empeño vano intentar convencernos que los malos somos nosotros porque negamos que saltarse las normas para alcanzar sus objetivos políticos (cuya legitimidad nadie discute, aunque sean, como son, absurdos) sea un derecho. ¿Les sonará eso del imperio de la ley?

Si diésemos validez a tan peregrino argumento sobre las urnas tendríamos que colegir que el régimen franquista era plenamente democrático: ¿acaso no hubo varios procesos electorales? Oiga, pero sin garantías, con derechos muy restringidos, manipulados... ¡Ah, y los espabilados de hogaño lo están haciendo todo fenomenalmente, claro! A otro perro con ese hueso.

Por si fuera poco, resulta que un diputado separatista, en el Congreso, sostiene que una república catalana es precisa para huir del méfítico régimen español, todo corrupto. En la inmaculada política catalana no hay corrupción, y un nuevo régimen se constituirá en una Arcadia ejemplar. ¡Toma ya! Y, como todo vale, la Generalidad de Cataluña, que es un órgano del Estado, derivado de la Constitución vigente, anima al desacato; sí señor, como el soviét de San Petersburgo, que en su primer decreto consagró el derecho de los soldados a no obedecer a sus superiores. ¡Jesús, cuánto peso tiene la CUP entre los de la antigua Convergencia! Por supuesto, todos los españoles, catalanes o no, a pagar: con nuestros impuestos sostenemos a todo el Estado, incluyendo a las autonomías. Insisto, todos pagamos todo, por mucho que algunos mientan.

En fin, que ciertamente somos demócratas, pero no imbéciles. Aunque, y me duele decirlo, muchas veces lo parezcamos: toleramos que la educación se use como adoctrinamiento; que la lengua deje de convertirse en un tesoro cultural para ser elemento de separación; que abran sucursales para, con el dinero de todos, difundir su política excluyente...

Y, mientras, algunos piden diálogo. ¿Con quién, para qué? ¿Alguien pidió entenderse con los golpistas de febrero? Nadie.

Es tremendo que algunos puedan tener secuestrada la tranquilidad de muchísimos catalanes y del resto de españoles. No hay derecho, no. ¡Cuánta infamia!